

CLUB DEL MISTERIO

JASON RIDGWAY



**FIERAS
DE LA CIUDAD**

48

Esta es la historia de 200 000 dólares que podían convertir en realidad los sueños más atrevidos. Primero fue el crimen. Vagabundos de arrabal ante su primer gran «trabajo», ante aquella oportunidad deslumbradora que no volverían a encontrar. Podrían haber echo el «trabajo» con un arma. Pero, por divertirse, usaron un ácido. Luego aparecieron la bella muchacha del *night club*, el honesto policía que no lograba hacer feliz a su mujer, y el atleta que nunca había tenido una oportunidad en su vida. Los tres tenían dos cosas en común: sabían dónde estaba el dinero robado, y no vacilarían en matar para apoderarse de él.

Orden de aparición *de los personajes*

Frankie Gunther: *Sargento de policía, endiablada-mente eficaz, pero ambicioso.*

Lope de Villanueva: *Depuesto presidente de una re-pública centroamericana.*

Neal Walker: *Frustrado jugador de basquet, buen en-trenador y, a la postre, mejor persona.*

Ramón Segovia y Mercedes Segovia: *Dos hermanos que se las traen.*

Milt Bliss: *Buen policía, pero ¿lleva dentro un asesino?*

Dan Wirtz: *Un fotógrafo sin laboratorio.*

Whitey: *Inescrupuloso pasador de juego.*

Miguel Chávez: *Secretario de Lope de Villanueva.*

1

Sally salió del cuarto de baño. Todavía emanaba de ella el cálido, vaporoso perfume de la ducha.

Se había rizado el rubio cabello y penetró descalza en el dormitorio, vistiendo un pijama de franela, ajustado en las caderas. Los pliegues de la bata no ocultaban los pujantes contornos de su figura generosa. Fumaba un cigarrillo.

–Ven a la cama –invitó Frankie Gunther.

–No, querido. Deseo arreglarme las uñas.

–Hazlo por la mañana.

Sally se sentó en el borde del lecho y tomó de la mesa de luz su neceser para uñas. Levantóse Frankie Gunther de la cama que le pertenecía y se acomodó a su lado.

–Por favor, Frankie. Acabo de ordenar mi cabello. Sabes cuánto me cuesta hacerlo.

–Me gusta tu cabello.

–Basta, Frankie. Te dije que me despeinarías.

–¡Ajá! ¿Ya usas franela en esta época del año? –dijo esperanzado Frankie Gunther– ¡Heladerita! ¡Qué pronto te enfrías! Yo puedo hacerte entrar en calor...

Sally Gunther exclamó:

–Frankie, ¿por qué no te comportas como un chico de tu edad? ¡Frankie! ¡Déjate de eso!

De un tirón se libró de él. El frasquito de esmalte para uñas se volcó, derramándose el contenido sobre la mesa de luz. Casi simultáneamente, sonó el teléfono.

Gunther, a punto de abalanzarse sobre el aparato en su apuro por levantar el auricular, se preguntó mientras lo hacía con qué edad estaba reñido su proceder. Contaba treinta y un años.

–Hola –dijo–. Sí, seguro... Sí, supuse que lo harías... En cuanto me vista... Convenido...

–¿Cuestión de trabajo? –En el bonito y redondo rostro de Sally se esbozó un pucherito.

–Sí –respondió Frankie Gunther. Vistióse apresuradamente. Abrochó la correa de la sobaquera, que usaba colgada del hombro, y abriendo el 38 observó las cámaras de repetición antes de depositar el corto revólver en su cartuchera.

–Frankie... –comenzó a decir Sally desmayadamente, mientras cubría activa sus uñas con lo que había quedado del esmalte que olía a bananas y a éter–. Yo pensé... que quizás... –Alzó la cabeza y lo miró. Había en cada una de sus mejillas una mancha rojiza. Se ruborizaba muy fácilmente.

«Conque ahora –pensó Gunther sin malicia y muy próximo a la admiración– la cosa es al revés. En este momento simula una inversión de papeles. Es realmente muy hábil en tales menesteres. Me convencerá o estaré muy cerca de creerlo hasta que regrese a casa. Pero entonces claro que será demasiado tarde o la hora de preparar el desayuno.»

–Cuídate, Frankie.

La besó ligeramente; pero ahora, llegado el momento de irse, ella se levantó con brusquedad arrojándole los brazos al cuello, mientras le ofrecía la entreabierta boca. Cerró los ojos, al par que una ola de sangre le bañó el rostro, y lo besó con abandono.

Lo acompañó hasta la puerta, aferrada a su brazo.

–No quiero que te pase nada –dijo.

Gunther aplicó el sempiterno consejo del policía a su esposa.

–Querida, comienza a esperarme cuando oigas girar la llave en la cerradura.

Ella le sopló un beso antes de cerrar la puerta. Agitó la mano en contestación y se encaminó al ascensor en tanto le atenaceaba el estómago la honda, insatisfecha necesidad de ella. Sabía, con una sensación confusa, indefinible de expectación, que pronto desaparecería la necesidad, sublimada por la ardua tarea –que lo absorbería del deseo– al convertirse en un rudo y honesto funcionario policial.

2

Todo empezó en horas avanzadas de esa tarde. Resplandecían los fogonazos del magnesio bajo el ondeo de las brillantes banderas de ochenta países y un frío viento de otoño hacía caer hojas marchitas sobre la plaza de Las Naciones Unidas.

—¡Sólo una más, señor Presidente! —rogó un reportero. Su colaborador, con una rodilla en tierra, enfocaba la gran cámara de uso periodístico. Contra los llamativos parches de color y los verdes ventanales de la fachada de la Asamblea General, enmarcó a un hombre de leonina cabeza y ojos de santo. Se trataba de Lope de Villanueva, el recientemente depuesto presidente de una República de «Bananas». Asumió una pose que complació a media docena de fotógrafos de la prensa. Después, dando la espalda a los reporteros, se abrió camino con largos, atléticos pasos, a través de la ancha vereda, en dirección al severo y chato bloque verdoso de metal y vidrio, dentro del cual expondría su caso ante los tribunales del mundo.

Siguióle apresuradamente su secretario y guardaespaldas dando un tirón a un sombrero aludo para calarlo mejor y defenderlo de una repentina ráfaga de viento que soplabla a lo largo de la Primera Avenida.

Detrás de ellos corrió otro grupito de hombres, uno de los cuales llevaba la típica cámara de los cronistas.

—¡Señor Presidente! —exclamó sin aliento uno de los componentes del grupo. Las dos palabras mágicas detuvieron los pasos del ex mandatario de la República de las

Bananas, como si hubiese chocado con una pared invisible. Se dio vuelta para adoptar nuevamente la pose de león y de santo. El hombre que portaba la pesada máquina fotográfica posó una rodilla sobre la acera de la Primera Avenida, tal como había visto hacer a los profesionales de la prensa. El secretario-guardaespaldas se corrió modestamente fuera de foco. Los dos hombres restantes se movieron hacia Lope de Villanueva observando cómo se desvanecía de su rostro la expresión expectante pero levemente aburrida, al ver que uno de ellos abría las blancas hojas de un anotador mientras el otro hundía las manos en los profundos bolsillos de su capote.

Entonces el más corpulento de los hombres extrajo del bolsillo una botellita cerrada, de tamaño semejante al de una bujía eléctrica. Ciertamente, cuando se aludía a ella en el metafórico lenguaje que usaba el hombre en su profesión, se la llamaba «la de cincuenta watts». Cuando el grandote tiró del tapón, el líquido incoloro de la botellita comenzó a hacer espuma.

Desde el cordón de la vereda, allí donde dos patrulleros de la Brigada de Servicios Especiales permanecían hecados en el asiento de su cupé verde y blanco, parecía que el corpulento tipo del capote, que les daba la espalda, hacía un reportaje a Lope de Villanueva. Estaban contentos de que todo marchara tan bien.

—Este condenado motor vuelve a pararse —dijo el que se sentaba al volante.

—Cuestión de punto —sugirió su compañero—. O quizás la chispa. Pero de cualquier modo, ¿qué demonios les sucede a los del garaje? ¿Están dejando que les engorde el trasero? Enciéndelo de nuevo antes de que nos congelemos de veras.

El policía que hacía las veces de chofer accionó el encendido.

En ese preciso instante gritó Lope de Villanueva. El hombre del capote arrojó a la cara del ex presidente el

contenido del frasquito. El tipo que llevaba la máquina fotográfica comenzó a correr. Lope de Villanueva se cubrió el rostro con las manos, gritando roncamente. El hombre que se hallaba al costado del agresor exclamó: «¡Me alcanzó!» y se apretó la cara. Entonces éste se abalanzó hacia adelante, asió a Lope de Villanueva antes de que cayera, lo revisó rápida y expertamente y al encontrar lo que buscaba lo soltó. Lope de Villanueva se desplomó con tres onzas de ácido hidrociorhídrico carcomiéndole la piel y la carne del rostro y destruyéndole los ojos.

Dando voces, el secretario-guardaespalda persiguió a la carrera al falso fotógrafo. En confuso desorden sobre la acera, los verdaderos reporteros obstruyeron la línea de fuego del atascado coche policial estacionado en el cordón. El tipo que había arrojado el ácido y su acompañante, cuya cara había recibido la salpicadura de una parte del corrosivo, se alejaban velozmente por la Primera Avenida, calle arriba. Tras ellos corría el secretario-guardaespalda, agitando los brazos, profiriendo a voz en cuello maldiciones en castellano e impidiendo a los dos patrulleros el uso de sus desenfundados y amartillados revólveres de calibre 38.

En rauda carrera, los policías alcanzaron a los tres hombres y gritaron al secretario que se apartara del camino. Los tomó de sorpresa su súbita detención seguida del tambaleo. El conductor del coche policial se los llevó por delante y ambos cayeron al suelo. El otro policía, perdiendo velocidad y trastabillando a su vez, hizo fuego en dos ocasiones contra los agresores y erró. Estos entonces se internaron a la disparada en el denso tránsito que circulaba hacia el norte por la Primera Avenida, haciendo caso omiso de bocinas y frenos chirriantes. Desaparecieron en un océano de lustrosos y flamantes automóviles.

Al fotógrafo simulado no le cupo la misma suerte. Quiiso atacar con un cuchillo a los verdaderos cronistas, pero se lo quitaron.

Lope de Villanueva sufría una crisis nerviosa.

3

«Tú, –se decía Neal Walker–, estás muy lejos de Madison Square Garden.»

Geográficamente no existía tal distancia. Se hallaba a menos de dos millas de rápida caminata de Madison Square Garden, si tomaba en línea recta por una de las calles del barrio oeste más allá de la Décima Avenida y excedería en muy poco esa longitud si elegía las calles tenebrosas de la ciudad. Tampoco estaba muy lejos de la Universidad de Columbia, donde cuatro años atrás condujera al equipo de basquetbol Los Leones a sus grandes triunfos, en calidad de defensor, cuyo recio empuje lograra altos puntajes. Poseía para probarlo un trofeo que le había otorgado la Liga por su actuación como El Atleta más Valioso del Año. Pero lo cierto era que mediaba entre él y el Garden un largo camino. Cuatro años lo separaban de allí.

También lo alejaban del Garden varias pulgadas y, extraña ironía, ésa constituía la distancia menos superable. Por cuanto a Neal Walker, hombre de talla discreta con respecto a ciertos juegos de pelota, le faltaban varias pulgadas de estatura para ganar los pingües emolumentos que se pagaban a los hombres extremadamente altos, fuesen talentosos o no, en los equipos de basquetbol profesional.

Ahora, muy lejos de Madison Square Garden, a Neal Walker lo miraron con insolente aborrecimiento. Walker no les prestó atención y entró.

No había vestíbulo. El oscuro corredor olía a basura, a comida grasienta y a acres emanaciones animales. Las puertas de los departamentos, hundidas en la lúgubre profundidad de los nichos que adornaban las paredes cubiertas de roña, no ostentaban número, pero Walker ya había estado allí antes y subió los escalones pasando de largo la única y pelada lamparilla de luz que colgaba en el descanso. La escasa iluminación reveló una pared inevitablemente guarnecida de burdos dibujos a lápiz de hombres, mujeres y miembros sueltos femeninos y masculinos, subrayados por epítetos escritos. Walker atravesó presurosamente el *hall* del segundo piso en dirección a la tercera puerta sin número del costado izquierdo.

—Gracias a Dios que ha venido —exclamó la muchacha al abrir la puerta.

—¿Dónde está él? —le preguntó Walker.

—Adentro —contestó la joven. Lucía un vestido estampado que ceñía la figura breve, liviana y compacta. Su bonito rostro, en que el cutis aceitunado hacía resaltar la claridad de los ojos, aparecía preocupado y ansioso. Walker pensó que había estado llorando.

—Usted no me explicó de qué se trataba —dijo Walker, encaminándose a la entrada de la otra habitación de ese departamento de dos ambientes.

—No sabía, todavía no lo sé... Mi hermano está muy lastimado... —contestó la muchacha tras él, librando a la desesperación la confianza que había resonado en su voz cuando abrió la puerta a Walker.

Walker pasó al interior. En la segunda y reducida pieza un muchacho de unos diecisiete a dieciocho años yacía extendido sobre la cama, comprimiendo una toalla mojada contra uno de los lados de su cara. La toalla había manchado la manta militar sobrante que cubría la cama. El muchacho estaba echado en ella con el cuerpo flácido, como si le hubieran extraído todos los huesos sin dañar la

piel. Sus ojos, brillantes y húmedas ranuras cuando Walker entró a la habitación, se abrieron totalmente.

–¡Neal! –exclamó el joven, evidentemente sorprendido.

–¿Qué diablos te ocurrió, Chico?

Sin enderezarse, Chico señaló la puerta con el pulgar.

–Vete –dijo–, vete Neal, por favor.

–Demos una miradita a esa cara, ¿eh?

Chico se incorporó manteniendo la toalla húmeda sobre el rostro. Hizo deslizar sus nalgas hasta quedar sentado en el rincón más alejado de la cama, contra la pared, como si se tratara de un niño pequeño que buscaba evitar al médico, sabiendo que éste le causaría un dolor.

–¿Te llamó ella? –preguntó Chico.

Walker se sentó en el borde del lecho. Intentó retirar la toalla, pero Chico se apartó bruscamente.

–No debió hacerlo –dijo Chico acusadoramente.

Walker sintió la presencia de una sombra a sus espaldas y supo que Mercedes Segovia, la hermana de Chico, estaba parada contra la puerta. Los ojos del muchacho, separándose por primera vez de la cara de Walker, observaron a la joven. Walker se inclinó velozmente hacia adelante y arrancó la toalla que cubría las facciones de Chico.

–Por el amor de Dios, Neal, no te metas en esto –rogó Chico. Miraba fijamente, lleno de disgusto, a su hermana, al par que pugnaba por tapar su mejilla. Luego dejó caer la mano en el hueco de las piernas.

Mercedes sollozaba y Walker no pudo reprimir una mueca. Una línea carmesí, que comenzaba justo debajo del ojo izquierdo de Chico, se ampliaba para formar una herida de casi una pulgada de ancho, la cual, terminando en carne viva, en estrecho contacto con la mandíbula, recorría como un latigazo curvilíneo su flaca mejilla.

–¿Llamó usted al médico? –gruñó Walker a Mercedes, sabiendo en el momento de hablar que había formulado

una pregunta estúpida. Ella había requerido su presencia porque Chico lo admiraba y tenía fe en él.

–Me herí dentro de un negocio –dijo Chico–. No necesito al doctor. –Chico se desempeñaba como mandadero en una farmacia de la Octava Avenida.

–¿De qué modo te lastimaste?

–Quemadura –replicó Chico torciéndose de dolor.

–¿Quemadura?

–Ácido muriático. En un comercio. Vete no más, Neal.

–Si quieres puedo intentar conseguir al doctor Shultsen –sugirió Walker. El doctor Shultsen era el médico que dedicaba un par de horas a la Unión Atlética de la Ciudad Alta. Walker llenaba allí las funciones de instructor de basquetbol y de entrenamiento físico, convenciéndose a diario por setenta y ocho dólares con cincuenta a la semana, que se hallaba efectivamente a mucha distancia de Madison Square Garden. Chico Segovia jugaba al basquet en la Unión, desplegando una rápida y fulmínea defensa tal como le enseñara Walker.

–Chico, soy tu amigo –dijo Walker–. No te hiciste eso en un negocio.

–Ramón, deja que llame a un médico para revisarte –suplicó Mercedes a su hermano.

–Estoy bien –insistió Chico.

–No quiere comer nada. No hace más que estarse allí acostado –explicó Mercedes.

Antes de que Walker lograra replicar alguien golpeó a la puerta.

«*Madre de Dios*», murmuró la joven.

Walker atravesó presurosamente la cocina, quitó el cerrojo a la puerta y la abrió con violencia. Un hombre pequeño, rechoncho, apareció en la oscura entrada parpadeando a efectos de la luz que provenía de adentro y contempló a Walker con sorpresa y temor. Su cara no era particularmente memorable pero, por algún motivo, quedó impresa en el recuerdo de Walker: la amplia frente, las os-

curas cejas prolijamente arqueadas, la larga, arrogante nariz aguileña, la boca débil, indecisa, que caía, casi sin conformar el mentón hasta el cuello.

—¿Qué desea? —preguntó Walker.

El hombre continuó su parpadeo. Parecía una afección nerviosa. Intentó mirar al interior del departamento, detrás de las anchas, altas espaldas de Walker y declaró luego en español:

—Volveré cuando no estén acompañados.

Giró sobre sí mismo, parpadeando aún nerviosamente, y se alejó un paso de la puerta. De otro departamento partía el sonido de una risa de mujer y la enfurruñada orden de silencio formulada por una voz masculina.

—Un momento, amigo —expresó Walker, colocando su manaza sobre el hombro del gordito—. ¿Por qué no entra? —Inesperadamente, Walker sintió que la blanda carne, como la de una mujer obesa, sobrealimentada, se zafaba del apretón de sus dedos. El hombre comenzó a correr.

—¡Eh! —exclamó Walker, y lo persiguió velozmente a través del sombrío *hall*. Tropezó con un tacho de desperdicios. Recobrándose oyó las pisadas del otro sonando escaleras abajo y alcanzó a su vez los escalones.

Cuando Walker llegó a la puerta exterior la abrió de par en par, en el preciso momento en que dos portorriqueños que deambulaban antes por la acera se disponían a entrar. Por espacio de unos segundos, oliendo a cigarrillos y cerveza, bloquearon el camino y sonrieron a Walker con insolencia. Disculpándose, corteses y efusivos, trataron de dejarle libre el paso, pero sólo consiguieron complicarlo más en la estrecha puerta. Pensaron que era policía. Su reacción fue inmediata y obvia. Quizás también el hombre bajo, grueso, lo había confundido con un policía. Por último, una vez que Walker estuvo en la calle y paseó la mirada en todas direcciones, no pudo ver rastro alguno del gordito.